

823
D.

PR 4559
A67.
L3
v.2



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DOMBEY É HIJO

CAPÍTULO XVI

LO QUE SEGUÍAN DICRIENDO LAS OLAS

No había vuelto á salir Pablo de la cama. Oía los ruidos de la calle tranquilamente echado, sin inquietud por la manera como el tiempo pasaba, aunque dándose cuenta de que pasaba, en efecto, y mirando en derredor suyo con escrutadora mirada.

Cuando los rayos del sol entraban en su cuarto por entre las persianas é iban á dar en la pared formando como oleajes de oro, sabía Pablo que aquella era la caída de la tarde y que el cielo estaba sonrosado y hermoso. Cuando se debilitaba la luz y por la pared iba subiendo la sombra cada vez más oscura... oscura... oscura... era la noche. Pensaba entonces en que las calles estaban alumbradas por faroles, de trecho en trecho colocados, y que las estrellas resplandecían en un cielo sereno. Pero de preferencia iba su imaginación hacia el río. Sabía que el río atravesaba la ciudad y pensaba que estaría muy negro y muy hondo y que las estrellas se reflejarían en sus aguas — y más que todo, pensaba cómo el río, sin detenerse nunca, iba camino de la mar á encontrarse con ella.

Luego que avanzaba la noche y cuando ya eran tan raros los pasos en la calle y resonaban tanto que

podía contarlos, oír cómo iban acercándose y cómo se alejaban luego hasta perderse, Pablo se entretenía en contemplar los cambios de matiz luminoso en la llama de la bujía que alumbraba su cuarto: y así esperaba pacientemente el día. Lo único que alteraba la quietud de su mente era el río: la corriente del río. Á veces lo quería parar — deteniéndolo con las manos, poniéndole una presa de arena; — pero el río deshacía la obra y se escapaba rápido. Entonces daba Pablo una voz, asustado, y Florencia que velaba constantemente á la cabecera de su hermano, le despertaba de aquella pesadilla. Pablo apoyaba su cabecita en el brazo de su hermana, la decía lo que estaba soñando y sonreía.

Al amanecer, al despuntar el alba, se ponía Pablo en acecho del sol, y cuando los primeros rayos del astro brillaban en el cuarto, veía con la imaginación — con la imaginación, no de veras — las altas torres de la iglesia empinándose hacia el azul del cielo, la ciudad que se desperezaba al despertarse, el río que proseguía rápido, el campo, brillante de rocío. Los rumores y ruidos, habituales ya para él, aparecían por grados en la calle; las criadas iban y venían por la casa; asomaban á la puerta del cuarto diferentes caras y voces distintas en tono bajito le preguntaban cómo estaba; y Pablo contestaba siempre lo mismo. « Estoy mejor, muchas gracias, mucho mejor. Diganse lo que papá de mi parte. »

Poco á poco el ruido del día le cansaba: el estrépito de coches y carros, el murmullo de los transeuntes. Entonces se quedaba en sopor, soñando siempre con el río. « ¡ No se parará nunca! — decía el enfermito á su hermana. — ¡ El río me arrastra! »

Florencia le calmaba, le tranquilizaba, y reclinando

la cabeza en la misma almohada que su hermano, á su vez se dormía.

— Estás siempre en vela junto á mí — decía Pablo; — ahora, Florencia, me toca á mí cuidarte. Entonces se recostaba en dos almohadones y permanecía vigilante mientras su hermana descansaba; algunas veces se inclinaba para besarla, y en voz baja decía á las personas presentes que ya lo veían, que su hermana estaba cansadísima porque llevaba muchas noches en vela.

Así pasaba el día: el calor y la luz iban gradualmente bajando, y otra vez por la pared iba subiendo la sombra cada vez más oscura...

Visitábanle nada menos que tres graves doctores — que se reunían en el piso bajo y subían juntos al cuarto del enfermo. — La tranquilidad era tan grade y tanta la atención de Pablo (aunque no preguntó nunca á nadie lo que aquellos señores decían), que los hubiera conocido sólo por el distinto tic-tac de sus relojes. Pero concentraba su mayor interés en sir Parker Peps, que era el que siempre se sentaba más cerca de la cama. Pablo había oído decir mucho tiempo antes que aquel médico era quien había asistido á su madre el día en que, teniendo abrazada á Florencia, quedó muerta. No lo había olvidado. Por esto le quería más. Y no le daba miedo.

Veía que las personas en derredor de su lecho cambiaban, como en aquella noche primera de su enfermedad, en casa del doctor Blimber — cambiaban todas las personas, excepto Florencia: Florencia no cambiaba. En el lugar del doctor sir Parker Peps, Pablo veía á su padre sentado, con la cabeza apoyada en una mano. La vieja mistress Pipchin, luego de haber dormido en un sillón, se trocaba en miss Tox

ó en su tía: Pablo cerraba los ojos, después de ver este cambio, sin emoción alguna. Pero aquella figura que tenía la cabeza apoyada en la mano, era la que veía más á menudo, la que permanecía más tiempo. Grave y solemne, no hablaba ni para preguntar ni para contestar; tan pocas veces alzaba la cabeza, que Pablo empezó á preguntarse si aquella figura era de veras; esta idea llegó á atemorizarle, cuando entraba la noche.

— Florencia; — dijo Pablo, — ¿qué es eso?

— ¿El qué?

— Lo que está á los pies de la cama...

— No hay nada. Es papá quien está.

La figura levantó la cabeza, se puso en pie y acercóse al enfermo.

— ¡Hijo mío! — dijo. — ¿No me conoces?

Pablo contempló aquella cara y vaciló. ¿Era su padre? Aquella cara que Pablo tardaba en conocer se estremeció dolorosamente ante la mirada del niño, y antes de que éste tendiera sus dos manos para cogerla y atraerla hacia sí, se apartó de la cama y se fué hacia la puerta.

Pablo, con el corazón palpitante, miró á Florencia; pero, comprendiendo lo que ésta iba á decirle, la impidió hablar poniéndole su carita en los labios. Después de esto, la primera vez que volvió á ver la figura al pie de la cama, la llamó y le dijo:

— ¡No tenga usted cuidado por mí, querido papá; estoy muy contento!

Se le acercó su padre y se inclinó hacia él; pero rápidamente y sin detenerse junto á la cama. Pablo le cogió por el cuello y le repitió varias veces las mismas palabras, con verdadera sinceridad. Nunca más volvió á ver Pablo en su cuarto, ni de día ni de noche,

á su padre; pero no por esto dejaba de decir, como si le viese: «¡No tenga usted cuidado por mí, querido papá; estoy muy contento!» Y así adquirió aquella costumbre de decir á las personas que entraban á verle por las mañanas que estaba mejor y que se lo dijeran á su padre.

¿Cuántas veces colorearon la pared los rayos de sol, formando como oleajes de oro? ¿Cuántas noches el negro río siguió rodando hacia la mar, á despecho suyo? No las contó Pablo. Ni tampoco trató de saberlo. Si en la ternura con que se le trataba y en el agradecimiento con que él recibía el trato, cabía un acrecentamiento, bien podía decirse que de día en día ambos afectos aumentaban; pero para aquel pobre niño los días transcurrían iguales, sin importarle el número.

Una noche se puso á pensar en su madre y en el retrato de su madre, que estaba en el salón, abajo. Ocurriósele que su madre sin duda había querido mucho á Florencia, mucho más que su padre, puesto que cuando su madre había comprendido que se moría la había cogido en sus brazos, y él, su hermano, también tenía este deseo. Con estos pensamientos se preguntó si había visto él alguna vez á su madre, no pudiendo acordarse de si en efecto la había visto ó no: aquella noche el río corría muy de prisa y llenaba de confusión su mente.

— Dime, Florencia: ¿he visto yo á mamá?

— No, Pablito. ¿Por qué preguntas eso?

— Dime, Florencia: ¿he visto, cuando era pequeño, alguna cara que me mirase como la de una madre?

Y hacía esta pregunta intranquilo, como si entreviese en sus recuerdos algún semblante.

— Sí, querido, sí.

— ¿Cuál, Florencia?

— La de tu nodriza. Y muy á menudo.

— ¿Y dónde está ahora mi nodriza? ¿También se ha muerto? Di, Florencia: ¿nos hemos muerto todos menos tú?

En aquel instante hubo una agitación en el cuarto. Duró un momento ó acaso más: la tranquilidad se restableció luego, y Florencia, sumamente pálida, pero sonriente, sostenía la cabeza de su hermano, reclinada en su brazo.

— Florencia, quisiera ver á mi nodriza.

— No está aquí; pero mañana la verás.

— Gracias.

Pablo cerró los ojos, después de oír esta promesa, y se quedó dormido. Cuando se despertó ya el sol había salido, ya había entrado el día, despejado y caluroso. Siguió un rato echado, mirando á las ventanas, abiertas, por donde entraba el aire agitando los cortinajes. Y luego dijo:

— Florencia, ¿estamos ya en mañana? ¿Ha venido?

Le pareció que alguien iba á buscarla. Acaso era Susana. Parecióle á Pablo que Susana le hablaba y le decía que volvería pronto; pero tenía cerrados los ojos y no los abrió para verla. Cumplió Susana su palabra — si es que había salido, en efecto, — pues Pablo oyó ruido de pasos en la escalera, un ruido que le despertó por completo — en cuerpo y en espíritu — y se incorporó hasta quedar sentado en la cama. Vió á todos los que estaban en derredor suyo, no como á través de una niebla, según solía verlos de noche, sino con toda claridad: nada le turbaba la

vista: conoció á todos y á cada uno le llamó por su nombre.

— ¿Quién es? ¿Es mi nodriza? — dijo el niño mirando con júbilo á una cara nueva que entraba en el cuarto.

Sí, sí; nadie más que ella hubiera llorado de aquel modo al verle, llamándole su niño, su querido niño, su pobre niño enfermo. Ninguna otra mujer se habría inclinado así hacia Pablo, cogiéndole sus consumidas manos, besándolas, poniéndolas sobre su corazón, como quien ejercita un derecho á hacer caricias. No; ninguna otra mujer hubiera prescindido así de todos los presentes, no viendo más que á Pablo y á Florencia, con semejante expresión de ternura y de pena.

— ¡Florencia! — decía el enfermito. — ¡Qué semblante más bueno y más amable! Mucho me alegra el haberla visto otra vez. No; no se vaya usted, nodriza: estése aquí conmigo.

Tenía todos sus sentidos muy despiertos, y así oyó pronunciar un nombre conocido.

— ¿Quién ha hablado, quién ha nombrado á Wálter? — preguntó mirando en derredor. — Alguien ha dicho Wálter. ¿Dónde está? Me alegraría mucho verle.

Nadie contestó directamente; pero su padre, dirigiéndose á Susana, dijo:

— Llámeme; dígame que suba.

Transcurrió un momento de pausa, durante el cual siguió Pablo mirando á su nodriza con cariño y sonriente, observando con gozo que no se había olvidado de Florencia. Wálter se presentó en el cuarto. Sus maneras francas, sus ojos vivos y animados, siempre habían sido agradables á Pablo, de modo que cuando en aquel momento le vió, tendióle la mano diciéndole:

— ¡Adiós!

— No, hijo mío, no; — exclamó mistress Pipchin acercándose rápidamente á la cama. — Adiós, no; ¡no digas adiós!

Por un instante la miró Pablo con aquella misma expresión reflexiva que tenía cuando en otros tiempos estaban sentados junto á la chimenea.

— Sí, sí; — añadió después tranquilamente. — ¡Adiós, querido Wálter, adiós!

En seguida buscando con la vista á su padre, dijo:

— Papá... ¿dónde está papá?

Antes de que acabaran de expirar estas palabras en sus labios ya sintió en sus mejillas el abrasador aliento de su padre.

— Acuértese de Wálter, papá — le dijo en voz baja y mirándole á la cara; — acuértese de Wálter: yo quería mucho á Wálter...

Su débil mano se mostró nuevamente en el aire, como diciendo otra vez á Wálter: « ¡Adiós, adiós! »

— Y ahora — añadió — acuéstense. Y tú, Florencia, estate junto á mí, que yo te vea.

Hermano y hermana se abrazaron, y una luz de oro los iluminó mientras estaban abrazados.

— ¡Cómo corre el río, Florencia, en medio de las praderas verdes y las cañas! Ya está cerca del mar: ya oigo las olas: están diciendo lo de siempre.

El movimiento del barco, mecido por las aguas, le adormecía. ¡Cuán verdes le parecían ahora las praderas, cuán brillantes las flores y qué altos los cañaverales de las riberas! Ya está el barco en la mar y se desliza suavemente; una costa se divisa ante él. ¿Quién está allí de pie, esperando?

Cruzó las manos como tenía costumbre de hacerlo

para orar; pero sin soltar los brazos del cuello de su hermana.

— Mamá se parece mucho á ti, Florencia. Si la conozco... Diles únicamente que el retrato colocado en el piso primero no es bastante divino.. La luz que ilumina su cabeza me va envolviendo á medida que avanzo!...

El rayo dorado volvió á reflejarse en la pared, y nada más se movió en el cuarto.

¡Vieja, vieja práctica! Práctica que se introdujo en la tierra con nuestro primer ornamento, y que no cambiará nunca mientras siga nuestra raza su curso y mientras el firmamento rueda en el espacio. ¡Vieja, vieja práctica es la Muerte!

Si; pero demos gracias á Dios, porque todavía hay otra práctica más vieja, que es la Inmortalidad. ¡Ojalá que ángeles y niños nos miren, con mirada amorosa, cuando el rápido río á nuestra vez nos arrastre al océano!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RIVERA"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO XVII

DE QUÉ MANERA EL CAPITÁN CUTTLE SABÍA INTERESARSE
POR LOS JÓVENES

Sinceramente se creía dotado el capitán Cuttle de un talento asombroso para concebir planes sorprendentes y de profundidad impenetrable (achaque común á los hombres de ánimo sencillo). Por consiguiente, fué aquel domingo á casa del poderoso mister Dombey, guiñando un ojo con aires de tunante y como haciendo honor á su sagacidad inagotable. De esta manera y con todo el esplendor de sus botinas, se presentó á Towlinson. ¡ Oh, desgracia ! Este individuo le informó de la desventura que amenazaba á mister Dombey; la noticia era grave, las circunstancias tristes; el capitán se retiró por delicadeza y otra vez confundido. Dejó, no obstante, el ramo como un modesto testimonio de interés, rogando al criado que presentara sus respetuosos saludos á toda la familia en general, añadiendo su confianza de que no perderían por esto el ánimo y sabrían « correr el temporal ». Por lo demás, y como buen amigo, volvería mañana.

Los cumplimientos del capitán no pasaron, naturalmente del criado. Y en cuanto al ramo, después de

aguantar toda la noche en el recibimiento, paró por la mañana en la espuerta de la basura. De esta manera el admirable plan del capitán, envuelto en la gran catástrofe de grandes esperanzas y elevados designios, quedó roto en pedazos; la avalancha, que en la falda de la montaña arrastra entero un monte de soberbias encinas, arrasa de igual modo los matorrales y las zarzas y todo perece juntamente.

Cuando Wálter volvió á su casa, el domingo después de aquel largo paseo terminado de tan memorable manera, se encontraba tan embargado por la emoción, que no podía darse cuenta de la ignorancia en que aún seguía su tío respecto al viaje. En vano le hizo señas el capitán de que no hablase: aunque, en verdad, estas señas del capitán no eran fáciles de comprender ni aun por el observador más atento. Á semejanza de esos sabios de la China, que, según se dice, escriben en el aire ciertas palabras cabalísticas imposibles de pronunciar, el capitán Cuttle hacía tales molinetes con su mano postiza que nadie era capaz de adivinar el significado á no tener una iniciación previa.

Sin embargo, cuando el capitán Cuttle supo lo que había sucedido, renunció á toda espera, comprendiendo que no podía tener esperanzas de hablar con mister Dombey antes de que partiera Wálter. Pero aun reconociendo esto, aun admitiendo que Sol Gills supiera que iba á marcharse Wálter — sin que un amigo preparase antes su ánimo para recibir la noticia, — no renunciaba el capitán á la confianza en sí mismo, á la persuasión de que él era el hombre que hacía falta, y que para arreglar aquel asunto con mister Dombey todo era cuestión de que él le hablara. Porque no se podía olvidar el capitán lo bien que se

había entendido con mister Dombey en Brighton, cómo ambos supieron cambiar oportunas frases, simpatizando desde luego, y en fin, que él, Cuttle, había sido el inspirador de aquella idea de dirigirse á mister Dombey para salir de la difícil situación de que, efectivamente, gracias á él, salieron. Con tales pensamientos no le costó mucho trabajo al capitán resignarse y callar hasta que llegara el momento de largar velas y llevárselo todo por delante.

Con tan halagadora ilusión, y al mismo tiempo que el relato de Wálter, respecto á la muerte de Pablo, le hacía derramar una lágrima, pensó el capitán Cuttle si no sería de muy buena política, cuando encontrara á mister Dombey, invitarle á venir á su casa, á Brig Place, á tomar alguna friolera, el día que quisiese; y allí, entre unas copas, tratar del porvenir de Wálter, como buenos amigos. Lo único que para esto daba inquietudes al capitán, era el mal genio de mistress Mac Stinger: era posible que esta mujer se apostase en la entrada de la escalera y soltara alguno de sus cumplimientos nada lisonjeros. Esta idea operó un cambio radical en los hospitalarios sentimientos del capitán, quitándole toda gana de invitaciones.

Para el capitán estaba claro: Wálter, que permanecía en silencio, sin probar la comida que tenía en el plato, era excesivamente modesto y no veía la realidad de las cosas; pero para él, para el capitán, no podía haber duda; Wálter ya pertenecía á la familia Dombey. Personalmente había tomado parte en aquel acontecimiento, que de manera tan patética refería. Había sido recomendado, nominativamente, por el hijo: no era posible abrigar dudas: Wálter tenía hecha su fortuna. En todo caso, si el capitán podía

guardar alguna reserva mental respecto á sus deducciones, éstas, forzosamente, habrían de causar excelente efecto en el óptico. Así, pues, aprovechando un instante favorable, enteró á su amigo del asunto, presentando el viaje de Wálter á las Indias Occidentales como un extraordinario ascenso de empleo y declarando que, por su parte, no tendría inconveniente en poner cien mil libras esterlinas (si las tuviese) sobre el porvenir de Wálter, muy seguro de hacer una colocación del dinero que pronto se cotizaría con gran premio.

Al pronto quedó Solomón Gills como aturdido por aquella noticia, por aquel rayo que cayó en la humilde salita del óptico, turbando de manera tan cruel su paz doméstica. Pero de tal manera hizo valer el capitán sus tan brillantes perspectivas, tan repetidas alusiones hizo á Whithington y sus victorias, se envaneció tanto de haber vaticinado aquel éxito y de haberlo anunciado por la romántica leyenda de « la adorable Margarita », que el anciano se conmovió. Wálter, á su vez, fingió que tenía grandes esperanzas, que estaba animadísimo y seguro de regresar muy pronto. Apoyaba las palabras del capitán con enérgicos movimientos de cabeza, se restregaba, de contento, las manos. En fin, Solomón, mirando alternativamente al capitán y al joven, empezó á imaginarse que él también estaba en el deber de alegrarse.

— Pero ustedes saben que no soy de estos tiempos — dijo el anciano pasando y repasando nerviosamente la mano por los botones de su casaca, como si fueran cuentas de un rosario y estuviese rezándolo. — Yo no soy de estos tiempos. Yo más quisiera tener conmigo á mi muchacho. Pero en él ya es antigua esa afición á viajes: siempre quiso navegar, irse lejos.

Y Solomón miraba á Wálter con expresión amarga.

— ¡Tío! — exclamó vivamente Wálter. — Si dice usted eso, no me voy. No, capitán Cuttle, no me voy. Si mi tío cree que tengo gusto en separarme de él, aunque fuese para ser gobernador de todas las Islas Occidentales, no me muevo.

— Wálter, muchacho; — dijo el capitán Cuttle, — ¡firme! Sol Gills, mire: ¿eh, qué tal su sobrino?

Siguiendo con la vista el majestuoso ademán de Cuttle, el anciano contempló á Wálter.

— Ahí tenemos un barco; — añadió el capitán persuadido de la grandiosidad de la imagen — que va á emprender un viaje. ¿Qué nombre llevará en caracteres indelebles? ¿Será *El Gay* ó será — y el capitán levantó la voz como para llamar la atención sobre el fin, — ó será *El Gills*?

— Cuttle — dijo el anciano cogiendo cariñosamente del brazo á Wálter y atrayéndole á sí. — Ya lo sé, ya lo sé. Estoy seguro de que Wálter piensa más en mí que en él mismo. Así lo creo. Cuando digo que está contento de marcharse, significa que tal es mi esperanza. En fin, yo no esperaba nada de esto: me sorprende, tengo miedo de que el mal estado de mis negocios, mi pobreza, haya sido causa de esta resolución de Wálter. ¿Es cierto que ese empleo constituye una suerte para él? — añadió Solomón mirando ansiosamente á uno y otro. — ¿Realmente es eso? Puedo resignarme á todo con tal que sea ventajoso para Wálter; pero de ningún modo á que Wálter corra peligros por causa mía ni á que me oculte cosa alguna. Vamos, Cuttle, mi buen amigo Cuttle; — dijo el viejo poniendo en manifiesta confusión al diplomático, — vamos, ¿es usted sincero conmigo? Hable

usted Cuttle; ¿no hay nada oculto? ¿Cómo ha llegado usted á saberlo antes que yo?

En aquella lucha de abnegación y afecto, Wálter acudió valerosamente en auxilio del capitán. Entre ambos consiguieron que Sol Gills aceptase, ó poco menos, el proyecto, en fuerza de elogiarlo: ó más bien le confundieron de modo que ni aun el sentimiento de la separación aparecía claro en su mente.

Ni tampoco tuvo mucho tiempo para poner orden en sus ideas, pues al día siguiente recibió Wálter las instrucciones de la casa respecto á su pasaje y equipo, advirtiéndole que el barco donde había de hacer el viaje, el *Hijo y Heredero*, levaría anclas dentro de una quincena, uno ó dos días más, á lo sumo. Con la prisa de los preparativos, que Wálter deliberadamente agitó cuanto le era posible, el pobre viejo acabó de perder la poca reflexión que le quedaba, y así, rápidamente, se echó encima el instante de la marcha.

El capitán, que no dejaba de estar día por día, al corriente de cuanto pasaba, vió aproximarse aquel instante sin haber tenido ocasión de profundizar como había pensado hacerlo, respecto á la verdadera situación de Wálter en su nuevo destino. Meditó sobre esto. ¿Qué haría? Por fin cruzó su mente una luminosa idea: se le representó que lo más acertado era hablar á mister Carker, conferenciar con él, y de este modo sondear el terreno.

Magnífica idea que el capitán acogió desde luego; fué una inspiración que le favoreció mientras estaba fumando una pipa en Brig Place, después del desayuno; tenía que dar gracias al tabaco. Además, aquel paso aquietaría su conciencia, un tanto alterada por las confidencias de Wálter y por lo que Sol Gills había dicho: sería un testimonio de amistad, un acto hábil.

Sondearía mañosamente á mister Carker, se explanaría más ó menos, según se le presentara aquel señor, y, en fin, descubriría lo que pudiera haber oculto.

Conforme con semejante propósito y sin descubrirlo, de ninguna manera á Wálter (ocupado en hacer el equipaje), nuevamente se puso el capitán sus botinas estrechas y su corbata con pasador, emprendiendo aquella segunda expedición. Esta vez no compró ramo alguno, comprendiendo que no era oportuno llevar flores á una oficina, para hablar de negocios; pero se puso en el ojal de la casaca una sola flor, un girasol, para darse cierto aire de campo. Luego, con su bastón de nudos en la mano y calado su sombrero de hule, puso rumbo á la oficina de Dombey é hijo.

Antes de entrar en ella, y para tener mayor claridad de ideas, se tomó un buen grog, con ron, bien caliente, en una taberna inmediata. Con esto y antes de que se desvanecieran los buenos efectos del grog, penetró en la oficina.

La primera persona á quien encontró fué mister Perch, el ordenanza del escritorio.

— ¡Hola, camarada! — dijo el capitán con persuasivo acento. — Uno de sus pilotos lleva el nombre de Carker.

El mozo contestó que así era, en efecto; pero que en cuanto á tratar de ver ni á éste ni á ningún otro piloto, era cosa imposible porque estaban muy ocupados.

— Escuche usted; — le dijo el capitán al oído: — me llamo el capitán Cuttle.

El capitán se había sentado en la mesilla del ordenanza, en el pasillo. Se quitó el sombrero, lo sujetó entre las rodillas (sin miedo de deformarlo: no había fuerza humana capaz de ello), sacó del fondo del

mismo sombrero un pañuelo de hierbas y se restregó bien la frente, cosa que pareció aliviarle.

La vista de aquel garfio en vez de mano impuso á mister Perch. Imaginóse que si su mujer acertaba á ver semejante gancho, podía ocurrirle una desgracia, dado su estado interesante, y destruir todas sus esperanzas.

— Haga usted el favor; — añadió el capitán; — de decir que el capitán Cuttle está esperando.

Aquella tranquilidad era realmente impenetrable; tenía tanto de misterio, que Perch no supo rechazar el mensaje.

— ¿Qué nombre me ha dicho usted? — preguntó.

— Capitán... — contestó el visitante en voz baja y profunda.

— Si; — repuso Perch acercando el oído.

— Cuttle; — completó el capitán.

— ¡Oh! Voy á ver si no está ya ocupado; — contestó Perch en el mismo tono de voz que el capitán, cuyo diapason se le había pegado. — No lo sé; tal vez pueda conceder á usted un minuto.

— Eso es, muchacho: no necesito más que un minuto; — dijo el capitán moviendo la cabeza con aire de importancia, muy persuadido de su valer.

Un momento después volvió el ordenanza diciendo:

— Si el capitán Cuttle quiere pasar...

Mister Carker estaba de pie, delante de la chimenea sin lumbre, cerrada con una pantalla de papel ceniciento. Al aparecer el capitán le miró Carker de una manera que no era para dar muchos ánimos.

— ¿El señor Carker?

— Me parece; — contestó Carker enseñando los dientes.

El capitán quedó encantado de aquella contestación y de la sonrisa. Se presentaba bien.

— ¡Vea usted! — dijo el capitán Cuttle mirando en derredor del cuarto, hasta donde el cuello de su camisa le permitía volver la cabeza. — Yo soy un marino, señor Carker, y Wálter, alistado aquí, es casi mi hijo.

— ¿Wálter Gay? — dijo mister Carker, volviendo á mostrar su dentadura.

— Eso es; — repuso el capitán, agradablemente sorprendido de la perspicacia revelada por Carker. — Yo soy íntimo amigo de este muchacho y de su tío. Y por cierto; — añadió el capitán, — ¿usted no ha oído nunca á su piloto hablar de mí, del capitán Cuttle?

— ¡No! — dijo mister Carker abriendo aún más la boca.

— Pues bien; — dijo el capitán Cuttle. — Yo tengo el honor de conocerle. Hice conocimiento con él en Sussex, en la costa; le visité juntamente con Wálter, á propósito de aquel asuntillo — y el capitán movía la cabeza con expresión de familiaridad, como indicando que era cosa entendida, — á propósito de aquel asuntillo... ¿sabe usted?

— ¡Ya lo creo! ¡Como que lo arreglé yo mismo! — dijo Carker.

— ¡Eso es! — añadió el capitán. — Ahora, diré á usted que si me he tomado la libertad de venir aquí, es...

— ¿No se sienta usted? — dijo mister Carker sonriente.

— Muchas gracias; — repuso el capitán sentándose. — Un hombre sentado se encuentra más á gusto para hablar. Pero, ¿usted no se sienta?

— No, gracias; — contestó mister Carker, apoyando la espalda en el mármol de la chimenea, sin duda por la costumbre de hacerlo así en invierno, y mirando al capitán con ojos fijos y con boca entreabierta.

— Decía usted que se ha tomado la libertad de venir por...

— Eso es; — añadió el capitán. — Me he tomado la libertad de venir para hablar con usted de Wálter. Su tío, Sol Gills, es un hombre de ciencia; en tal concepto se le puede considerar como un cliper; pero fuera de esto no se le puede tener por hombre de mar, no es práctico. Wálter es un muchacho de lo mejor que se conoce; pero tiene un defecto: el de ser demasiado modesto. Ahora, lo que yo quería decir á usted — añadió el capitán dando á su voz una inflexión de confianza, — lo que yo quería decir á usted, acá, para entre nosotros, como amigos, y para mi gobierno, en tanto que el primer piloto de usted se me pone al habla, es esto: ¿qué tal? ¿La cosa marcha bien para Wálter, buen rumbo, viento en popa?

— ¿Qué quiere usted decir con eso, capitán Cuttle? — contestó Carker recogiendo los faldones de la levita y poniéndose derecho. — Usted que es hombre práctico, ¿qué opina?

Para manifestar la expresión que los ojos del capitán tomaron, al guiñarse como respuesta á las palabras de mister Carker, sería preciso servirse de las cabalísticas palabras chinas que antes dijimos, escritas en el aire.

— ¡Vamos! — dijo el capitán, sobre toda ponderación animado. — ¿Qué tal? ¿Tengo razón ó no?

Tantas cosas creía haber expresado el capitán Cuttle con los ojos, animado por la sonrisa de su in-

terlocutor, que le parecía su pregunta clarísima, lo mismo que si la hubiera precedido una explicación substancial.

— Perfectamente; — contestó Carker, inalterable.
— No me cabe duda.

— ¿De modo que tenemos buen tiempo?

Carker asintió con otra sonrisa.

— ¿Viento en popa y á toda vela?

Carker asintió nuevamente.

— ¡Ya me lo figuraba yo, y ya se lo había dicho á Wálter! — añadió el capitán. — Gracias, muchas gracias.

— Gay tiene un porvenir espléndido — observó mister Carker abriendo más su boca; — ¡el mundo entero por delante!

— El mundo entero y la mujer por añadidura, como dice el refrán; — contestó alegremente Cuttle.

Al decir la palabra «mujer», el capitán se detuvo y volvió á guiñar picarescamente un ojo; puso su sombrero de hule en la punta de su bastón nudoso y le imprimió un movimiento rotativo, mirando al mismo tiempo á Carker, que seguía sonriéndose.

— Apuesto una botella de Jamaica — dijo el capitán fijándose más aún en Carker — á que sé por qué se está usted riendo.

— Á ver, á ver... — dijo Carker, aumentando su risa.

— ¿No saldrá de aquí, eh? — añadió el capitán Cuttle, dando con el bastón en la puerta para tener la seguridad de que estaba cerrada.

— Ni una pulgada; — contestó mister Carker.

— Pues bien: lo que usted piensa empieza con F... — dijo el capitán.

Mister Carker no lo negó.

— Luego viene una L — añadió el capitán, — y después una O...

Carker continuaba sonriente.

— ¿Qué tal? ¿Tenía yo razón? — dijo el capitán en voz baja, mientras la raya de escarlata que el sombrero le había marcado en la frente se hinchaba de alegría.

Mister Carker, por toda contestación, y siempre sonriendo, hizo otra señal de asentimiento. El capitán Cuttle se puso de pie, le estrechó la mano, le manifestó con efusión que ambos seguían el mismo rumbo y que, por su parte, él, Cuttle, hacía tiempo que había puesto la proa hacia este punto.

— Ya sabe usted — añadió el capitán con tono grave propio de la seriedad del asunto — de qué manera la conoció, cómo se la encontró en la calle, cuando aun era una criatura; después han empezado á quererse, como los novios á su edad. ¡Nada, nada! Ya lo dijimos siempre Sol Gills y yo: están hechos el uno para el otro.

Un gato, un mono, una hiena, una calavera, no hubieran podido mostrar al capitán unos dientes como los que exhibió Carker en aquellos momentos.

— La corriente va por derecho; — dijo el afortunado capitán. — El viento y el agua llevan la misma dirección, ya lo ve usted. ¡Qué suerte ha tenido con encontrarse allí el otro día!

— Mayor de lo que podía imaginarse; — dijo mister Carker.

— Vea usted de qué modo fué remolcado. ¿Qué fuerza podrá ahora echarlo á la deriva?

— Ninguna; — replicó mister Carker.

— Tiene usted razón; — dijo el capitán á su interlocutor estrechándole nuevamente la mano. — No.

hay nada que pueda detenerle. ¡ Adelante! El hijo ya se fué. ¡ Linda criatura! ¿ no es verdad?

— Sí; ya se ha ido el hijo; — repuso Carker complaciente.

— Pues bien, tome usted nota: aquí hay otro, — exclamó el capitán, — el sobrino de un hombre de ciencia, el sobrino de Solomón Gills, Wálter, Wálter que está ya al tanto de los negocios y que diariamente — aquí el capitán encaminó la frase al final que había preparado — y que diariamente viene de casa de su tío á cuidar de los intereses de ustedes.

La complacencia con que decía todo esto el capitán, dando de vez en cuando con el codo á Carker para subrayar las palabras, quedó eclipsada por el júbilo que manifestó al concluir aquella brillante demostración de su sagacidad y su elocuencia. Su gran chaleco azul se henchía por la palpitación, y la nariz se le había puesto colorada.

— ¿ Tengo razón? — dijo el capitán Cuttle.

— Capitán Cuttle; — contestó Mr. Carker inclinándose hasta las rodillas y de una manera tan rara que parecía caerse y levantarse, — lo que dice usted con referencia á Wálter Gay me parece sumamente justo. Por supuesto que lo hablado aquí no ha de saberlo nadie...

— ¡ Palabra de honor! — dijo el capitán. — Ni una sílaba.

— ¿ Nadie, nadie? — añadió Mr. Carker.

El capitán Cuttle afirmó con la cabeza, gravemente.

— Esto no ha sido más que para satisfacción de usted y para que le sirva de gobierno en lo sucesivo; — dijo Carker.

— Se lo agradezco mucho; — contestó el capitán.

— En este concepto no vacilo en reconocer que está usted en lo cierto y que su cálculo de probabilidades es exacto.

— En cuanto á su piloto en jefe — dijo el capitán Cuttle — me parece que será mejor dejar nuestra entrevista para otro momento, cuando se ofrezca la ocasión naturalmente. Tenemos tiempo...

— Tenemos tiempo; — repitió Mr. Carker, ó más bien parecía decirlo entre dientes al inclinarse de una manera afable.

— En fin — añadió el capitán, — ahora ya estoy seguro de que Wálter está en camino de su fortuna.

— En camino de su fortuna; — dijo Carker, siempre de modo silencioso.

— Y este viajecito de Wálter entra, como lo hemos dicho, en el plan general concebido.

— En el plan general concebido; — asintió Mr. Carker tan silencioso como antes.

— Sabido esto — prosiguió el capitán — no tengo ya que preocuparme de nada: estoy tranquilo.

El asentimiento que Mr. Carker manifestaba á cuanto decía el capitán acabó de dar á éste una altísima idea del primer empleado de la casa Dombey é hijo; era uno de los hombres más agradables que había conocido en su vida. El capitán volvió á darle la mano (de color de caoba) y estrechó la de Carker con tal fuerza que en ella quedaron señaladas una porción de rayas.

— ¡ Adiós! — dijo el capitán Cuttle. — Yo no soy hombre de palabras ni de cumplidos. No le digo más sino que estoy agradecido á su recibimiento amistoso y franco. Y espero me dispensará si le he estorbado.

— ¡ Nada de eso! — replicó Carker.

— Muchas gracias; — añadió el capitán encami-

nándose á la puerta. — Mi camarote no es muy espacioso, pero resulta bastante cómodo. Si alguna vez pasa usted por Brig-Place, se acuerda usted del número nueve — anótelo, ¿eh? — y tiene tiempo, suba usted á mi cuarto sin preocuparse de lo que le digan abajo y me honrará mucho recibirle.

Hecha esta hospitalaria invitación, saludó el capitán diciendo «buenos días» y salió al pasillo. Carker continuó apoyado en el mármol de la chimenea. En su aspecto, la expresión de su boca, la mirada, sus patillas, su ademán al arreglarse la blanca corbata de batista ó al tocarse la barbilla afeitada, había algo de felino.

El inconsciente capitán se marchaba en un estado de autoglorificación que hasta daba elegancia á su azulada ropa.

— ¡Firme, muchacho! — se decía á sí mismo. — Yo puedes tener la pretensión de haber trabajado maravillosamente en favor de los jóvenes.

Con este agradable ánimo ya se consideraba amigo de la casa, no sólo para lo porvenir, sino desde el instante. Al pasar por delante del ordenanza Perch, dando á su voz inflexiones de broma, le preguntó si seguía creyendo que todos estaban ocupados. Pero no queriendo atormentar á aquel pobre hombre que no había hecho más que atenerse á lo mandado, le dijo, al oído, que si quería salir con él á tomar unas copas, se complacería en convidarle.

Todavía antes de salir se asomó el capitán á la puerta del escritorio donde estaban los empleados, y con general sorpresa de éstos se puso á examinar el local como si se tratara de un asociado de la casa. El despacho de mister Dombey es lo que principalmente

le admiró; pero se limitó á una mirada de aprobación, y después de un saludo á todos, hecho con ademán protector, salió á la calle. Pronto se le unió Perch, y ambos entraron en la taberna, de prisa, porque el ordenanza no tenía tiempo.

— Bebamos; — dijo el capitán tomando una copa de ron en la mano é invitando á Perch. — Brinde usted conmigo... ¡por Wálter!

— ¿Por quién? — dijo Perch.

— ¡Wálter! — repitió el capitán con gran voz.

Se acordó el ordenanza de que, siendo niño, había oído hablar de un poeta, llamado efectivamente Wálter; lo que no comprendía era que aquel señor hubiera venido á la City para brindar por un poeta. Lo mismo que si le hubiesen dicho que se trataba de levantar una estatua en la City á Shakespeare, por ejemplo. En fin, aquel señor era un personaje misterioso é incomprensible. Perch formó la intención de no decir á su mujer ni una sola palabra de todo lo que estaba pasando, para que no cogiera miedo y no viniera, de resultas, algún desagradable accidente.

Misterioso é incomprensible: así permaneció el capitán todo el día, hasta para sus amigos más íntimos. Si Wálter no hubiera atribuido aquellos gestos, aquel guiñar de ojos, tantas muecas, á la satisfacción por lo conseguido en el cariñoso engaño á Sol Gills, seguramente que el indiscreto capitán se habría traicionado antes de llegar á la noche. En fin, conservó su secreto y no se marchó de casa del óptico hasta bastante tarde. Entró en su casa con el sombrero de hule derribado sobre una oreja y echando chispas por los ojos, con una expresión tal, que mistress Mac Stinger (y eso que la señora merecía haberse educado en el

colegio del doctor Blimber; de tal modo tenía un corazón de matrona romana) se escondió detrás de la puerta y allí estuvo fortificada hasta que, recogido el capitán en su cuarto, se sintió más tranquila y se atrevió á cruzar el pasillo y reunirse con sus hijos.

CAPÍTULO XVIII

PADRE É HIJA

Reina en casa de mister Dombey un profundo silencio. Los criados suben y bajan por la escalera sin el menor ruido de pasos: tienen largas conversaciones, están de sobremesa bebiendo y se consuelan así de la desgracia siguiendo una triste costumbre. Mistress Wickam, con los ojos llenos de lágrimas, refiere melancólicas anécdotas, explica que ya había vaticinado lo sucedido, ya se lo tenía dicho á mistress Pipchin: bebe más de lo acostumbrado; se halla triste, pero también locuaz. En igual situación de ánimo está la cocinera. Prepara una fritura para comer y defiende, con igual tenacidad, sus ojos de la emoción que les producen las lágrimas y de las que le causan las cebollas. Tawlinson dice que ya se sabe: las casas de la esquina tienen muy mala sombra. Parece á todos que Pablo se murió hace ya mucho tiempo; y, sin embargo, aún el niño reposa, sosegado y hermoso, en su lecho.

Al anoecer se presentan unos visitantes — silenciosos, con zapatos de fieltro, — los que tiempo atrás vimos. Consigo traen un lecho extraño para acostar al niño. Durante todas estas horas el despo-